

EL CENTRO CIENTIFICO DEL CUSCO (1897-1907)

José Luis Rénique C.

"Fuera de la Universidad, colegios de instrucción y escuelas primarias no existen ninguna institución científica, literaria, ni artística que sean consideradas como tales; salvo el Centro Científico".

Benjamín Dávalos (1904)

Durante los años 20 se operaron cambios fundamentales en la vida intelectual peruana, en cuyos antecedentes tuvo un rol fundamental el mayor contacto entre las diversas regiones y el incremento de la presencia provinciana en la capital. "El cambio vino de las provincias", ha señalado Alberto Flores Galindo (1979: 140) refiriéndose a los nuevos temas y problemas que aparecieron como preocupaciones centrales de la intelectualidad de la época. En efecto, mientras la vida cultural capitalina mantenía la vista puesta en Europa, en ciudades como Trujillo, Arequipa y Cusco fue despertando un marcado interés por el conocimiento regional. Ya en 1916 el Dr. Luis E. Valcárcel manifestaba:

"El desarrollo de la vida política del Perú, el desenvolvimiento de su prosperidad económica, la actividad intelectual de las universidades, determina, concreta y acentúa la personalidad de esos tres grandes núcleos regionales; el Cusco, Arequipa y Trujillo (...). Las tres ciudades representantes del alma de nacionalidad, las tres convergen en la acción controladora de los excesos centralistas." (Valcárcel 1916: 10-11)

El surgimiento de los movimientos descentralista e indigenista, en los años finales de la década del 20, fue la culminación de ese proceso, a través del cual fueron perfilándose las particularidades de los diversos núcleos intelectuales regionales. En el caso del Cusco, el surgimiento de la "Escuela cusqueña" —según expresión de Francisco García Calderón— y, posteriormente, de los grupos indigenistas "Ande", "Resurgimiento" y "Kosko" tuvo como antecedente al Centro Científico del Cusco, entidad que durante sus diez años de vida hizo meritorios esfuerzos en la investigación del medio cusqueño y sus posibilidades de desarrollo. En las páginas siguientes intentamos explicar las condiciones en que surgió el Centro Científico del Cusco y sus principales planteamientos.

Quienes se han aproximado al estudio del Cusco durante el siglo XIX coinciden en señalar que existió un marcado contraste entre la esplendorosa capital de los tiempos antiguos y los albores coloniales y la decadente capital decimonónica. La vieja capital imperial se había convertido en una ciudad despoblada, pobre y casi aislada de la costa. Aún en 1912 su estructura

demográfica mantenía un “marcado estacionarismo”, a pesar de que los 26,939 habitantes registrados en el censo de aquel año suponían una recuperación con respecto a los 17,000 de 1876 (Giesecke 1913: 18). El Cusco de fines del XIX y principios del XX mantenía su imagen de ciudad señorial, con sus “notables”, tan distintos del alto número de sirvientes que poblaba la ciudad. Desde los barrios más alejados del centro —San Sebastián y San Gerónimo— podía advertirse que predominaba la población indígena dedicada, mayoritariamente, a labores agrícolas y pastoriles (*Ibid.*: 30). Con respecto al agro, debe subrayarse la existencia de numerosos terratenientes corporativos tradicionales —iglesias, congregaciones religiosas, Sociedad de Beneficencia, establecimientos de instrucción (Valcárcel 1914: 6)— y la persistencia de relaciones de trabajo sumamente arcaicas. El viajero alemán Karl Kaerger, quien pasó por el Cusco en 1899, hizo el siguiente comentario sobre las faenas que los indios realizaban en favor de las haciendas: “Al parecer la base de esta costumbre es la idea de que los trabajos deben ser realizados de todas maneras en beneficio del país, y recaen en los indios, porque serían ellos quienes han nacido para el trabajo físico” (1979: 30). Desaparecidas las formas coloniales que las legitimaban, las viejas obligaciones del indígena, por el solo hecho de serlo, se conservaban, integradas al paisaje como un elemento natural. Refiriéndose al sistema de los “maquipuros” Kaerger agregó: “El alcalde es quien suministra la mano de obra; parece que es más el derecho que otorga la costumbre y no una disposición legal la que faculta a hacerlo” (*Ibid.*: 16). La vigencia de antiguas formas coloniales, afincadas en una supuesta disposición del indígena para servir, actuaron como límites materiales de la reflexión que los intelectuales cusqueños del XIX realizaron sobre sí mismos y sobre su realidad. Salvo casos excepcionales como los de Narciso Arestegui y Clorinda Matto de Turner, en cuyas obras *El Padre Horán* y *Aves sin nido* puede detectarse la voluntad de criticar un orden de cosas prepotente e injusto con el indio, hubo una indiferencia generalizada por la suerte del indígena (Cf. Tord 1978: 30-33).

La vida intelectual cusqueña fue monopolio de una élite, solamente una minoría ínfima tuvo acceso a la educación escolar, menor aún fue el número de quienes pudieron matricularse en la Universidad de San Antonio Abad (Tamayo 1978: 70-71). Como los otros aspectos de la vida local, el educativo padecía los efectos del abandono oficial. A pesar de que —según César A. Ugarte— entre 1866 y 1897 la Universidad cusqueña alcanzó ciertos progresos, pues hubo más orden en la administración y mejoró la enseñanza, el balance de su existencia durante el XIX sería negativo; fue tal su situación de abandono que, a partir de 1876 no se pudieron pagar los sueldos de los catedráticos durante diez años (Ugarte 1912: 53-54). Por cierta correspondencia cursada entre el Prefecto y el Alcalde Provincial podemos conocer el calamitoso estado en que se encontraba la

única biblioteca pública de la ciudad (Zapata 1901: 27 y 29). Fueron estos algunos de los síntomas de un sentimiento de desencanto que, “como si fuera una conciencia colectiva de las horas aciagas que viven” (Tamayo 1978: 75), predominó entre los cusqueños del siglo XIX. La vida intelectual cusqueña reflejó el pasivo y rutinario comportamiento de la clase dominante local, básicamente interesada en mantener la productividad de sus propiedades agrícolas y las mejores condiciones posibles para la venta de sus cosechas y aguardientes en el Cusco. En la vida de la ciudad predominaron los propietarios agrícolas del departamento los que, aparte de tener ahí su lugar de residencia tenían establecidos almacenes en los que realizaban la venta de sus productos¹.

La llegada del ingeniero sueco John Nystrom, en 1867, fue uno de los escasos acontecimientos que rompió el quietismo de esa aletargada sociedad. Nystrom trajo planes para desarrollar la explotación minera, la industria siderúrgica y las vías de comunicación, pero encontró un serio obstáculo: quienes estaban en condiciones de invertir en el desarrollo del Cusco preferían no salir de las viejas reglas de juego. “Los que aquí se llaman ricos guardan su dinero ocioso” (Nystrom 1868: 13)². Nystrom logró animar a un grupo de cusqueños a participar como accionistas en una compañía destinada a llevar adelante sus progresistas planes. Entre ellos figuraron conocidos propietarios agrícolas —los Luna, los Orihuela, Mariano Vargas y otros— el Dr. Pío Benigno Mesa, Director de *El Herald* y catedrático de la Universidad, así como Narciso Aréstegui, el conocido autor de *El Padre Horán* (*Ibid.*: 18-19). Nystrom llegó a publicar interesantes informes sobre la geografía de la región, se proyectaron caminos y vías férreas, pero finalmente todo quedó trunco.

Transcurrieron dos décadas antes que, bajo la influencia de condiciones económicas distintas, pudiera producirse una dinamización de la vida intelectual cusqueña. Para entonces los efectos del comercio lanero se acentuaron en la zona, hubo una expansión de la producción de la ceja de montaña y el negocio del caucho comenzó a incrementarse. A partir de 1880 las casas comerciales arequipeñas fueron tomando el control de las exportaciones de coca, cuero y lana e introdujeron una vasta gama de artículos importados a través de sus sucursales instaladas en el Cusco (Mörner 1979: 15). En 1893 el ferrocarril del

1 En su tesis *La Cuestión Agraria en el Cusco*, Luis E. Valcárcel afirma: “En el Cusco reside gran parte de los propietarios agrícolas del departamento; aquí tienen establecidos almacenes en que hacen la venta de sus productos” (p. 4).

2 Además, Nystrom añadió en el documento citado: “... mis buenos consejeros me han informado de que la inauguración de la industria y del comercio del Departamento del Cusco es una vaguedad; que es lo mismo decir que este pueblo está condenado para todo tiempo a permanecer en la misma oscuridad en que hoy yace”. (p. 15)

sur llegó a Sicuani, un alud de marcancías costeñas e importadas amenazaba con inundar la vieja capital imperial. Las nuevas circunstancias pusieron en la picota al equilibrio tradicional dispuesto en beneficio de los terratenientes locales. La presencia de nuevos y poderosos competidores ponía en peligro la subsistencia del viejo esquema económico que involucraba a las provincias cusqueñas no implicadas en el circuito lanero y al departamento de Apurímac, y cuyo eje era el comercio de alcoholes, productos agrarios y ganaderos en la capital departamental (Glave 1979: V-VI). El Centro Científico del Cusco, fundado por el Prefecto Pedro José Carrión en septiembre de 1897, fue el canal institucional a través del cual los terratenientes cusqueños buscaron las fórmulas que les permitieran salir bien librados de los negativos efectos que, sobre el antiguo equilibrio regional, tendría la nueva coyuntura. Un suceso político de singular importancia, como fue la revolución pierolista de 1895 provocó las condiciones que hicieron posible la apertura de un período distinto en la vida intelectual cusqueña, caracterizado por su preocupación por el conocimiento geográfico y social de la región. En el Cusco, el triunfo de las montoneras significó la derrota del tiránico Prefecto General Pedro Mas, a manos de su movimiento en el que tuvieron participación decisiva personajes como Luis M. Robledo y José L. Caparó, que luego integrarían el Centro Científico. Según escribió César Antonio Ugarte: “Las nuevas direcciones de orden y progreso que tomó la actividad nacional desde 1895 y las corrientes de pensamiento nuevo que hasta nosotros llegaron produjeron un despertamiento en la juventud universitaria” (Ugarte 1912: 55).

Fue en esas circunstancias que un grupo de cusqueños se reunió en el Centro Científico del Cusco, con el fin de ocuparse de “Los estudios geográficos y científicos en general y en particular del Departamento, para suministrar los informes que puedan ser útiles a la administración pública y procurar el mayor conocimiento del territorio peruano” (Estatutos 1898: 11). Entre los fundadores hubieron autoridades políticas, profesores del Colegio Nacional de Ciencias, ~~catedráticos~~ y autoridades universitarias e importantes propietarios agrícolas.³ Entre los personajes más destacados puede mencionarse a Antonio Lorena,

3 Hemos ubicado algunos datos sobre la mayor parte de los fundadores del Centro Científico del Cusco: Manuel E. Montesinos (Profesor del Colegio de Ciencias, Conjuéz de 1era. Instancia, catedrático de la Universidad), Juan Julio Castillo (Conjuéz de 2da. Instancia y propietario de la hacienda Chupanhuaño), Antonio Lorena (médico, catedrático de la Universidad, profesor del Colegio de Ciencias, propietario de las haciendas Miraflores y Recoleta), Juan A. Falcón (Obispo), Fernando Pacheco (Canónigo), Lucio Samuel Cabrera (Diputado por el Cusco), Eliseo Araujo (miembro de la Corte Superior, Rector de la Universidad), Angel Colunge (catedrático de la Universidad y profesor del Colegio de Ciencias), Ambrosio Della Chiesa (médico, propietario de la hacienda Samiaca), Gavino Ugarte (miembro de la Corte Superior). Los nombres de los “miembros natos” del Centro Científico puede verse en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, Número 2, 1898, p. 7, los otros datos han sido tomados de Zapata 1901.

Manuel Edmundo Montesinos, Luis María Robledo, Eusebio Corazao y José L. Caparó. En las páginas del *Boletín del Centro Científico del Cuzco*, que apareció entre 1898 y 1907, quedaron registrados los temores y proyectos de la clase dominante cusqueña.⁴

“La crisis por la cual pasa hoy nuestra agricultura es realmente dolorosa”, manifestó en 1898 Antonio Oliart, propietario de la hacienda Patán, en Calca. Según él, la agricultura cusqueña era una actividad “sin porvenir y agobiada por el desequilibrio de la producción a la demanda” (Oliart 1898: 43). Una nueva amenaza hacía peligrar aún más las ganancias de los hacendados: la nueva carretera y el ferrocarril, que al unir al Cusco con la costa provocarían una verdadera inundación del mercado local con productos más baratos que los nativos. Manuel Edmundo Montesinos, ex-alcalde de la ciudad que por aquel entonces ejercía la presidencia del Centro Científico, expuso de manera rotunda la gravedad de la situación que se veía llegar. Productos provenientes de los valles de Paucartambo y Marcapata, como café, azúcar, aguardiente, cacao, tabaco, y ganado, explicó, “hallan todavía una buena colocación en la capital del Departamento y provincias, donde aún no ha llegado el ferrocarril ni la carretera; pero es indudable que mañana, tocando la última el Cusco, todos estos productos, en especial el azúcar y el aguardiente, quedarán abatidos por la competencia de sus similares de la costa. (Montesinos 1898: 5).

Frente a perspectivas tan poco halagadoras revivió en los cusqueños de esa generación una idea que desde mediados del XIX había agitado la imaginación de exploradores como el franciscano Julián Bovo de Revello, el sueco John Nystrom, el Coronel La Torre y José Benigno Samanez Ocampo: la explotación de las riquezas de la selva y la búsqueda de un camino fluvial que permitiese el comercio directo con Europa. Manuel E. Montesinos propuso en 1898 “. . . abrir cuanto antes las rutas fluviales, como una válvula que dé momentánea pero suficiente respiración” (*Ibid.*: 5-6), ante la invasión de productos más baratos. En las selvas del Ucayali y del Madre de Dios las cosechas de las haciendas cusqueñas encontrarían “mercados abundantísimos para el consumo ventajoso de sus producciones” (*loc. cit.*), en vista de que el auge cauchero provocaría el establecimiento de prósperos poblados en esas alejadas regiones. Fue por eso que los mejores esfuerzos de la intensa labor desplegada por el Centro Científico apuntaron a encontrar las mejores rutas para la colonización de las selvas del Ucayali y del Madre de Dios. El arraigado interés por los estudio geográficos, que

4 De los 13 números del *Boletín* que salieron a la luz solamente hemos podido ubicar 8. Uno de ellos en la Sala de Investigaciones de la Biblioteca Nacional (Año VII, número 8, 1904) y los otros gracias a la gentileza del Dr. Luis E. Valcárcel (Año I, número 1, 1898; Año I, número 2, 1898; Año V, números 1 y 2, 1902; Año V, número 5, 1902; Año VI, número 7, 1903; Año VII, número 10, 1904; Año IX, número 12, 1907).

llenaron las páginas del *Boletín* del Centro, fue producto de las necesidades y urgencias de los terratenientes cusqueños antes que de intereses académicos o exóticos, tal como se desprende de las palabras con que Manuel D. Montesinos presentó la primera de una serie de conferencias científicas que ofreció el Centro.

“He aquí, —dijo— el objeto de las conferencias del Centro, las que si bien no presentan el atrayente recreativo y fantástico de las producciones artísticas, no por ello dejan de endulzar a nuestros seres, con el néctar de la Ciencia y los encantos de la belleza que trae consigo, la descripción de las hermosísimas regiones hidro-montañas de nuestro país; así como también nos interesan por las grandes ventajas que ellos reportarán a la Nación y en especial al Cusco, en el desarrollo completo de su comercio, de sus industrias y de su nacionalidad.” (Montesinos 1898b: XVI).

La idea de que la llegada del ferrocarril al Cusco, provocaría la depresión de la vida económica de la ciudad y sus valles próximos estuvo presente, como preocupación principal de los miembros del Centro, desde su fundación —en 1897— hasta su desaparición diez años después, en que, siendo inminente la llegada de la línea férrea a la ciudad se solicita que sea continuada hasta el Mantaro, como una forma de dar salida a la producción de los valles cusqueños (Castañeda 1907: 48-49).

En la medida que los emergentes poblados selváticos ubicados al nor-orienté del Cusco fueron considerados un mercado potencial para la producción agraria de los valles cusqueños, los miembros del Centro se embarcaron en una singular labor exploratoria por las peligrosas rutas de la selva. En esa empresa, Luis María Robledo fue el expedicionario más activo y el más audaz, su labor no se limitó a la exploración de la región, en 1898 fundó la Sociedad Sihuaniro cuyo objetivo fue la construcción de un camino al Urubamba (cf. Tamayo 1978: 100-104). Fue Robledo quien con mayor insistencia llamó la atención de sus coterráneos sobre la importancia de iniciar la “marcha hacia el oriente”.

“A poca distancia de aquí —sentenció— tras los acantilados cubiertos del eterno hielo que forman el marco de la magnífica escena andina del horizonte de esta ciudad legendaria, se extienden los campos de promisión, la tierra prometida del porvenir, hasta hoy inaccesible a nuestra actividad” (Robledo 1898: 1).

Es interesante destacar la noción de identidad con el Perú que presidió las exploraciones selváticas de los miembros del Centro. Aquellos expedicionarios se sintieron portadores de la nacionalidad y representantes de la soberanía peruana en tierras por conquistar y, más aún, por “rescatar” de manos de sus salvajes habitantes, aún a costa de su exterminio. Con su característica elocuencia Luis María Robledo contrastó la tradición cultural que respaldaba a los cusqueños

frente al primitivismo de los aborígenes selváticos: “En el oriente del Cusco —manifestó— está la verdadera patria del Sol; allá está la magnífica heredad del Padre. Aún más; dejan que una raza de salvajes pisotee impunemente la causa de la civilización y de la luz y que hombres de otro suelo sienten sus reales en su patrimonio” (*Ibid.*). En las palabras de Robledo quedó expresada la doble lucha que era preciso emprender para coronar con éxito la empresa colonizadora, contra los naturales por un lado, para establecer rutas comerciales seguras, y contra los extranjeros que competían con el comercio cusqueño. La presencia de aventureros europeos y norteamericanos y de expediciones bolivianas que, ante la inexistencia de vigilancia fronteriza, penetraron en territorio peruano con miras a instalar bases colonizadoras, dieron pie a tales temores. En 1898 Manuel E. Montesinos advirtió sobre la posibilidad que colonizadores bolivianos despojasen al Perú de sus territorios selváticos”, . . . despertados por el traquido araucano —dijo— que arrebató el manto de nuestro lecho, preparemosnos para evitar las erupciones del Illimani” (Montesinos 1898b: II). Robledo por su parte, denunció que los bolivianos se habían adueñado del río Inambari, al que consideraban como propio sin que les amparase ningún derecho (Robledo 1898: II). Sin embargo, hubieron claras intenciones de propiciar inversiones de compañías foráneas en la explotación del caucho y la goma. Ya en 1898 Manuel Arróspide buscaba goma para la casa francesa Bataillard; en 1904 el Centro Científico formó un museo, cuyo fin, según manifestó su propio Presidente, era proporcionar información sobre las riquezas del departamento a “centros comerciales americanos y europeos” (Montesinos 1904: II). En 1904 se afirmó, que el camino a Sihuaniro —sobre el Urubamba—, ese acuciado proyecto del Centro Científico, permitiría el ensanche de la industria gomera, posibilitando la entrada de “algunas respetables casas de comercio como la de los señores Lámbari y Co.” Pero como el interés fundamental del Centro —tanto en 1904 como en 1907— se mantuvo en las vías de comunicación que llevarían los productos de los valles cusqueños a los territorios de la selva, en los que encontrarían “inmediata colocación en las plazas consumidoras fluviales y aún en Iquitos, donde los productos peruanos hoy son arrollados por los extranjeros y en especial por los brasileños” (*loc. cit.*).

Vías de comunicación que uniesen al Cusco con la amazonía, promoción de la explotación gomera y cauchera y acción gubernamental en el resguardo de las fronteras y en el ordenamiento político de las provincias selváticas, ese fue el programa del Centro Científico para hacer frente a las vicisitudes por las que pasó el agro cusqueño hacia fines de la pasada centuria.

Aún en 1907, muy poco tiempo antes de que el ferrocarril conectara al Cusco con la costa, quedaba el entusiasmo de integrar la capital imperial con el Atlántico a través de los ríos de la selva, llevando la producción de los valles

cusqueños a lugares tan alejados como Iquitos. Un informe de Jorge Van Hassel, de su expedición al Alto Madre de Dios confirma que, aún en los momentos finales del Centro Científico, las inquietudes iniciales se mantuvieron. En dicho informe parecen conservarse reminiscencias de las crónicas de la Conquista:

“En una excursión encontramos una canoa abandonada, unida a esta canoa con dos palos de balsa y una balsa de cinco palos que fue construida en dos días inclusive los remos, tripulé esta y la canoa con siete hombres y después de izar la bandera peruana y despedirnos de nuestros amigos que se quedaban, empujamos la embarcación, y bajo los vivas al Perú entramos en veloz carrera en un grupo de islas que ocultó pronto la vista de nuestros compañeros que estaban en la orilla.” (Van Hassel 1907: 7-8).

Si, ante eventuales competidores foráneos entró en funciones el argumento nacionalista, en el caso de los nativos que pudieran entorpecer los planes de expansión mercantil, cualquier intento de resistencia fue tildado de refractario a la civilización. La opinión de Manuel Arróspide es de ello bastante ilustrativa; de los pobladores selváticos dijo: “. . . estos infelices son ladrones por instinto y asesinos, porque todas las expediciones con su timidez, les han hecho consentir que se les tiene excesivo miedo.” Ante semejante diagnóstico Arróspide recomendó una cura radical: “. . . no se necesita cuerpos del ejército para batirlos, sino la resolución de unos pocos rifleros que acierten a desaparecer a los cabecillas de cada uno de sus grupos; los secuaces de estos, que son en poco número, (. . .) pueden ser sometidos al trabajo y a la vida civilizada, empleando para ello medidas de sagacidad que les hagan comprender las ventajas del comercio.” (Arróspide 1898: 20).

Los exploradores del Centro Científico entendieron su labor como un aspecto de la consolidación de la “nacionalidad” en los territorios feraces de la selva, “. . . en esas tierras sin demarcación conocida, sin población, sin acción oficial (donde) nada se puede administrar, porque no hay nada constituido ni organizado” (Castañeda 1907: 28). Corresponde al número final del *Boletín* la exposición más clara en torno a la organización nacional y al papel del Estado. Fue Jacinto U. Castañeda el encargado de realizarla en una conferencia cuyo tema fue las vías de comunicación en el Perú y el plan general que el Estado debía seguir en su construcción.

Según Castañeda correspondía al Estado la solución de tres problemas regionales y dos nacionales de vital importancia para el progreso del país. Irrigación de la costa, protección de las industrias andinas, colonización y organización política de la Montaña, los primeros, y vías de comunicación e inmigración los segundos. Con respecto a la irrigación de la costa, Castañeda reclamó la participación directa del Estado en la financiación de estudios que permitieran conocer las posibilidades del uso de las aguas subterráneas y el

aprovechamiento de las fuentes hidrológicas andinas. Para la sierra demandó la protección de sus “industrias”. Criticó la importación de trigo, papas y maíz de Chile y California pagándose “tributos de la Nación” que “repugnan el patriotismo”; así como también la negligencia con que se había llevado a cabo la explotación minera. Como solución se propuso la construcción de ferrocarriles que conectando los centros poblados y productores de la sierra y de la costa incrementasen el comercio inter-regional, “. . .despertarían nuestras industrias preexistentes —dijo Castañeda— y se incrementarían con el aliciente de mayor consumo y mejores utilidades, se implantarían otras que por hoy no pueden ser siquiera sospechadas” (*Ibid.*: 33). A la selva, Castañeda la llamó “región por nacionalizar” cuya riqueza, al predominar en su explotación los empresarios extranjeros, fuggaba a “satisfacer necesidades pueriles de pueblos más adelantados que el nuestro” (*Ibid.*: 33). Como alternativa Castañeda sugirió el envío de guarniciones permanentes de zapadores a cada una de las hoyas de los principales ríos, asesoradas por comisiones científicas, ambas constituirían centros de colonización y Gobierno. Trazarían rutas de comunicación, fomentarían centros poblados y estudiarían las posibilidades productivas de cada zona. A partir de los cambios señalados, la inmigración remediaría la crónica escasez de mano de obra y las vías de comunicación, principalmente los ferrocarriles, harían “desaparecer el regionalismo que nos separa y debilita” (*Ibid.*: 36-37).

Las apreciaciones de Castañeda merecen ser tomadas en cuenta como un testimonio de comprensión de los intereses particulares de una élite local dentro del contexto de una organización nacional. Fue esta una posición cualitativamente distinta al regionalismo terrateniente que tuvo expresiones inclusive en las primeras décadas del siglo (cf.: por ejemplo, Lizares 1919). En los años subsiguientes el tema de la organización nacional y el rol del Estado sería bastante debatido en el Cusco, aunque con un énfasis mayor en la crítica al centralismo capitalino.

Si bien los temas hasta aquí tratados constituyeron el meollo de la labor y las preocupaciones del Centro Científico, el material que hemos revisado permite hacer algunas apreciaciones —aunque solamente parciales— sobre otros aspectos. Merecería, por ejemplo, un estudio detenido la influencia positivista en los trabajos que aparecen en el Boletín del Centro. Es bueno recordar que, entre sus más activos miembros estuvo Antonio Lorena, médico formado en Lima, quien luego de una larga estadía en Europa llegó al Cusco empapado de las ideas positivistas en boga en el Viejo Continente. No fue de corte académico el positivismo de esta generación cusqueña, fue más bien un instrumento útil para actuar sobre la realidad, un instrumento doctrinario capaz de desterrar el espíritu arcaico heredado del colonaje y capaz de suscitar la fe, la convicción de que el Cusco podía ingresar en la “senda del progreso indefinido de las naciones”, tal

como el Coronel Carrión manifestó al momento de la inauguración del Centro (Sobre el positivismo latinoamericano cf. Zea 1965: 64 ss.). Pero también el positivismo actuó en ellos como una suerte de bálsamo fortalecedor del espíritu ante el, aún cercano, recuerdo, de la tragedia del 79. La difusión del positivismo entre los miembros del Centro Científico se reflejó en una clara vocación por el análisis riguroso de la realidad y en un cierto orden y sistema en la exposición, lo que otorga a los trabajos publicados en el Boletín una calidad sorprendente si se observa el atraso del medio intelectual cusqueño. En términos generales la producción y actividad del Centro no escapó a la influencia del optimismo que caracterizó al pensamiento europeo del siglo XIX salvo significativas excepciones.

También merece destacarse la presencia, entre el material que los boletines nos proporcionan, de algunos artículos que expresan un temprano interés por el estudio de la población indígena y por temas sociales en general. Entre numerosos artículos dedicados a las riquezas naturales del Departamento e informes de expediciones geográficas, destacan artículos como el de Diómedes Cuba, dedicado al alcoholismo, el de Benjamín Dávalos sobre la despoblación del Cusco, "A propósito de una voz machiganga" de Benjamín Mendizábal, "Etnografía de los indígenas de Ccoquepata" de Manuel T. Bueno y "Chincheños" de Fortunato Herrera. Los trabajos de Bueno y Herrera sobre los indígenas de Ccoquepata y Chinchero corresponden a 1904 y 1901 respectivamente y, según ambos autores declararon, solamente en la obra de D'Orbigny podían encontrarse antecedentes de trabajos semejantes dirigidos sobre todo a obtener datos antropométricos de la población estudiada. A pesar de ser ese el objetivo de ambos, en el estudio de Herrera el interés por explicar la situación indígena lo lleva a investigar restos arqueológicos, a consultar cronistas y a reflexionar históricamente. "A los atrevidos golpes de las huestes de Pizarro —concluyó Herrera— derrumbóse el imperio incaico, llevándose consigo al abismo del olvido lo acumulado en siglos de civilización crepuscular", para luego añadir:

"Con el advenimiento de la República nada, absolutamente nada ha ganado este pueblo. De él no se recuerda más que para someterlo a trabajos forzados; siendo víctima de la constante explotación de los subprefectos de Calca (. . .) Hasta aquí la libertad de que gozan no es sino un mito y una sangrienta burla a los inviolables derechos del hombre" (Herrera 1902: 30-31).

Años más adelante, Herrera sería uno de los profesores más caracterizados de la generación cusqueña de 1909, en la que figuraron destacados indigenistas como Luis E. Valcárcel y Uriel García.

También debe destacarse que la distinguida precursora del indigenismo, Clorinda Matto de Turner, estuvo desde 1900 entre los miembros del Centro. Por

otro lado, sin llegar a advertirse de manera nítida el propósito de exaltar la cultura pre-colombina, como si fue el caso de la “Escuela Cusqueña”, puede advertirse, a través de los artículos del Boletín, un deseo de recuperar para el Cusco su antiguo sitio en la vida peruana.

A pesar de que lo solicitó en repetidas oportunidades el apoyo que el Centro logró obtener del gobierno fue escaso. Hubo en 1904 la promesa oficial de destinar 1,000 libras para el proyecto del camino a Sihuaniro, no sabemos si el ofrecimiento fue cumplido. Además, el gobierno concedió una pequeña suma que pagó parte de la edición del Boletín, el resto fue sufragado con aportes de los miembros. En 1907 las actividades del Centro cesaron, y al año siguiente la primera locomotora hizo su ingreso a la ciudad, provocando las consecuencias que, desde las páginas del Boletín habían venido anunciándose. Mientras hubieron hacendados que supieron adecuarse a las nuevas circunstancias, modernizando sus propiedades e inclusive planteándose la industrialización del Cusco, otros sucumbieron ante el progreso. La discusión sobre la ruta que debería seguir el ansiado tren que uniría al Cusco con la selva continuó por algunos años más, recién en 1930 el ferrocarril llegó a Machu Picchu y a Huadquiña en 1950 (Tamayo 1978: 110). Los cambios que en esos primeros años del XX afectaron al Cusco provocaron alteraciones en la composición de la clase elevada y la expansión de la clase media, uno de cuyos síntomas fue el crecimiento de la población estudiantil en San Antonio Abad y la lucha por la democratización de la Universidad, la que culminó en la huelga universitaria de 1909 que provocó la clausura de dicho centro de estudios. Como producto de la acción estudiantil fue depuesto el Rector Eliseo Araujo, autoridad judicial del Departamento y, hasta 1902, Presidente del Centro Científico. Ese suceso marcó el enfrentamiento de la nueva generación con el espíritu conservador de sus mayores. Mientras Araujo era obligado a abandonar la Universidad otro conspicuo miembro del ya para ese entonces fenecido Centro Científico fue llevado por los alumnos a una cátedra como parte de la renovación docente que ocurrió en esos años. Otro miembro del Centro, Benjamín de la Torre abrió, en 1910, una fábrica textil en Urcos, cuyas telas competirían durante varios años con las fabricadas por las plantas de Grace y Duncan Fox en Lima y que eran distribuidas por las casas Ricketts y Gibson en toda la región sur.

BIBLIOGRAFIA

- ARROSPIDE, Manuel
1898 “Oficio del Señor Manuel Arróspide sobre el Madre de Dios” en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 2, pp. 17-21.
- BUENO, Manuel T.
1904 “Etnografía de los indios de Ccolquepata” en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año VII, número 8, pp. 1-28.

- CASTAÑEDA, Jacinto U.
1907 "Futuras vías de comunicación en el Perú: plan general que debe seguir el Estado, en su construcción" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año IX, número 12, pp. 21-49.
- CUBA, Diomedes
1902 "El Alcoholismo" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año V, número 5, pp. 35-45.
- DAVALOS, Benjamín
1904 "La Despoblación del Cusco" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año VII, número 8, pp. 26-47.
- Estatutos del Centro Científico del Cusco
1898 en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 2, pp. 11-16.
- FLORES GAUINDO, Alberto
1972 "Los intelectuales y el Problema Nacional" en *7 Ensayos: 50 años en la historia*, Empresa Editora Amauta S.A., Lima.
- GLAVE, Luis Miguel
1979 "El Cusco en el primer tercio del siglo XX" en *Debates Rurales, Aportes* 1, pp. I-XVI, Cusco.
- HERRERA, Fortunato
1902 "Chinchereños" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año V, números 1 y 2, pp. 13-35.
1902 "Monumentos Peruanos" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año V, números 1 y 2, pp. 56-64.
- KAERGER, Karl
1979 *Condiciones agrarias de la sierra peruana (1899)*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- MENDIZABAL, Benjamín
1904 "A propósito de una voz machiganga" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año VII, número 8, pp. 13-26.
- MONTESINOS, Manuel E.
1898a "Acerquémonos al Ucayali" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 2, pp. 3-6.
1898b "Discurso pronunciado por el Sr. Vice presidente Manuel Edmundo Montesinos en la actuación del 9 de octubre de 1897" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 1, pp. XIV-XVI.
- MORNER, Magnus
1979 *Notas sobre el comercio y los comerciantes del Cusco desde fines de la colonia hasta 1930*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- NYSTROM, Juan Guillermo
1868 *Informe al Supremo Gobierno del Perú sobre una expedición al interior de la República*, Imp. y Lit. de E. Prugue, p. 13, Lima.
- OLIART, A.
1898 Memoria leída por el gerente de la 'Sociedad Sihuantro' en sesión de la Junta General celebrada el jueves 16 de noviembre de 1898" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 2, pp. 33-48.
- ROBLEDO, Luis M.
1898 "Primera Conferencia" en *Boletín del Centro Científico del Cusco*, año I, número 1, pp. 1-8.
- TAMAYO, José
1978 *Historia Social del Cusco Republicano*, Industrialgrafica S.A., Lima.
- UGARTE, César A.
1912 "Evolución de la Enseñanza universitaria en el Cusco" en *Revista Universitaria*, año I, número 3, p. 47-52.
- ZEA, Leopoldo
1965 *El Pensamiento Latinoamericano*, México.